

Guerra de Almohadas — Eileen Luo

Lo llamarían una catástrofe, el final en una secuencia de dominós que puso en marcha la cuenta regresiva de la humanidad.

Pero por un instante el cielo brilló de un blanco intenso, la epítome del Cielo, y por un momento pensaron que los ángeles habían descendido de los cielos a su mundo lloroso, destruido tres veces.

Durante un segundo hermoso, imposible.

Llegan.

#

En una mano sostenía a un bebé envuelto en la chaqueta de invierno de un hombre. En la otra, una barra de grafito, apoyada contra un trozo de papel amarillo. La vela ardía baja y roja.

Foto: El cabello castaño de la mujer estaba desgreñado, su figura esquelética empequeñecida por una chaqueta gastada. Llevaba una bufanda blanca.

Para mi pequeña ángel:

Asha. Cuando lees esto, ¿continuarás llamándote así? Soy la mujer de esta imagen—tu madre. No puedo quedarme aquí por demasiado tiempo, pero quizá *tú* puedas. Aunque crecerás sin rosas, sin leyes, sin cielos azules.

Ojalá no fuera así. Pero sin mí aferrándote al pasado, quizá veas todo con mejor claridad. Quizá nos enseñes lo que significaba ser humano, ser feliz. Te amo.

#

Mi padre nunca regresó. El 8 de enero, cuando volvieron los otros hombres, él no volvió a casa.

Si no fuera por nosotros, creo que mi madre se habría ido ese mismo día. No lloró—que nosotros viéramos. Pero espero que nunca veas algo así—tan amarga, tan rota, que ni siquiera podía llorar.

Esa noche, nuestro arroz con frijoles se quedó frío. Sentimos el ánimo sombrío, y jugamos a las escondidas. Pero esta vez, no nos regañó.

Era más fuerte que yo, ¿sabes? Se quedó. Se quedó hasta que fui mayor, hasta que pensó que podría soportar su fallecimiento. Aquí estoy, lista para irme, y tú ni siquiera puedes decir mi nombre.

Lo siento. No debo escribirte así. Ya crecerás sin madre. No necesitas además mi lamento.

Guerra de Almohadas — Eileen Luo

Asha, *sí* quiero quedarme. En parte, al menos. Pero cuando me paro a pensar: pelear con mis vecinos por comida, rebuscar lonas para recoger agua de lluvia, despertar bajo cielos grises... cada mañana es peor. He llorado, cariño. He llorado por seguir aquí, seguir viva.

#

Hicimos una vigilia con velas del vecindario en lo que antes era un almacén subterráneo. Llevamos una sola vela, pero muchos tenían dos: una por cada hijo de su sueño americano de cuatro personas. Agradezco cada día que fuéramos demasiado jóvenes, tu tío y yo.

...no. Me retracto. Si no hubiera vivido, tampoco tendría que dejaros.

Foto: Una vela roja y achatada, protegida dentro de una tumba de plástico. En la superficie había una etiqueta beige que decía: ESPECIAL DE NAVIDAD.

De muchos, solo sabíamos que no estaban aquí. Quizá preguntes por qué.

Cuando se dieron cuenta de cuánto tiempo duraría la guerra, los generales restringieron los servicios inalámbricos. Piensa de estos como telepatía entre máquinas.

Foto: Un rectángulo plateado con bordes redondeados y un logotipo con forma de fruta.

Apoyen la seguridad nacional, nos dijeron, aislándose del resto del mundo. Y del resto del país.

Pero ya era tarde. Algún mártir ya había revelado sus planes. Así que cuando lloramos, lloramos tanto por el pasado—por las vidas perdidas—como por los años que vendrían.

Colocamos las velas en círculo y encendimos todas a la vez. Debía de haber un centenar, tan pequeñas en las sombras, el aroma navideño flotando en el aire.

#

Nuestra abuela hizo estas bufandas. Nos quería muchísimo.

Dos bufandas yacían sobre una mesa de madera. Una era verde y azul, la otra roja y amarilla. Ambas estaban forradas con plumas de neón.

Le encantaba coleccionar cosas. En las primeras semanas después de las secuelas, antes de verlas como yesca, mi abuela se acercaba a la gente que asaba loros y les pedía las plumas sobrantes. Por un precio, claro; incluso en aquellos primeros días sabíamos que no había nada gratis. Después estas cosas se volvieron más caras—hasta que, un día, cambió su anillo de bodas.

Nos quería demasiado.

Así que estas bufandas que te dejó—son de antes, del mundo tal como era. Mejor que nada.

Cuídalas bien. No dejes que se incendien.

#

Mi abuela y yo dábamos paseos cada semana, solo ella y yo, y volvíamos con la piel cubierta de hollín. En ese aire ceniciento, ella lo pasaba peor: tos un día, ojos llorosos el otro—pero nunca se quejaba.

A las tres semanas, un domingo brumoso—que no importa—, salió a caminar entre los escombros grises. Naturalmente quería ir, pero mi madre insistió en que no. Así que cuando lloré, me dejó hacer pastel de calabaza.

Azúcar, trigo, manteca y calabaza enlatada. Fue la última vez que vi azúcar.

Pues, pensé que se nos había acabado una semana antes. Y tenía razón, pero entonces no me importó; tenía tanta hambre que me habría comido un perro.

Y no habría sido la única.

Piensa en moras, si los árboles siguen existiendo entonces, e imagina una cesta llena de ellas—dulzura cada vez que te llenas las mejillas, con pequeños pedazos de galleta. Así era nuestro pastel de calabaza.

Foto: Un mantel negro de bordes deshilachados. Una cascada marfil de azúcar, helada en el tiempo, brillando como sangre a la luz carmesí de la vela. Debajo, un molde plateado reluciente, lleno hasta el borde del pastel.

Comimos postre en el desayuno, almuerzo y cena. Tu tío tenía cinco años. Aun veo su sonrisa, su cuchara flotando sobre una porción demasiado generosa de pastel naranja. La corteza era hojaldrada, como mariposas delicadas, y días después aún podía oler la calabaza impregnada en mi camisa.

En ese momento, valía la pena. Intentamos guardar un poco para la abuela, pero la madre nos dijo que no nos preocupáramos. *Tu abuela querría que ustedes dos lo comieran*, dijo. *Los quiere demasiado.*

Pensar en lo que hacemos por los que amamos. Más tarde supe que ese día no comió nada.

Nuestra madre, es decir. Nuestra abuela nunca volvió.

#

Un mes. Después de los últimos aviones, eso fue lo que nuestras madres nos dijeron que debíamos esperar antes de que los niños del barrio pudieran volver a jugar a la guerra de

Guerra de Almohadas — Eileen Luo

almohadas. Tu tío montó un berrinche—hacía tanto tiempo que no nos divertíamos. Los juegos de mesa solo duraban por cierto tiempo. Pero nuestras madres estaban preocupadas.

Foto: Un trompo inclinado, su pintura arcoíris descascarada, revelando la madera clara y desgastada.

Cáncer, caníbales, lo que fuera. Pero todavía tuvimos suerte. Estábamos en el borde exterior, con casas quemadas esporádicamente y estatuas derribadas de vez en cuando. ¿Y los bombarderos? No teníamos por qué preocuparnos. Una vez que el primero fue lanzado, todas las naciones seguirían. Y cuando se detuvieron, todos a la vez, ya no quedaba nadie para ordenar a las tropas ir a la guerra.

#

A los cinco años, mi madre decidió irse. Y esta vez, no hubo azúcar. Pues, nunca lo entendí. No hasta el día en que se fue, cuando me dijo de dónde habíamos sacado el azúcar.

Luego, un mes después, conocí a tu padre. Teníamos veinte años. No fue tanto una relación como una desesperación mutua; yo tenía a tu tío, pero seguíamos sintiéndonos muy solos.

Mira—tu padre hizo esto para mí.

Foto: La paloma de madera descansaba en manos grises y polvorientas, sosteniendo una rama de olivo entre garras de roble.

Llegamos a amarnos. Sobrevivir al apocalipsis genera cierto romanticismo; seguro que a Shakespeare le habría encantado.

¿Sabías? Nunca aprendí la lección de mi madre. Porque aquí estoy, lista para irme, después de ver su terrible dolor cuando perdió su otra mitad. Pero no puedo seguir, para ti y para nadie. Creo que, en el subconsciente, ella no quería irse. Por eso se quedó a hablar conmigo, aquella última vez, con la esperanza de que yo la convenciera de lo contrario. Fracasé.

Me dijo—“¿Cuál es el propósito de retrasar la muerte? Así imaginábamos el infierno, y ahora lo estamos viviendo.”

#

Mi padre nunca volvió a casa. Sin embargo, tu tío sigue aquí.

¿Qué es lo que nos tira a algunos de nosotros bajo las olas? ¿Y elevan al resto, agitándose, hasta orillas áridas? ¿Qué es lo que me trajo aquí hoy, parlotando con un lápiz, palabras que solo verás con una voz que quedará en tus sueños?

Guerra de Almohadas — Eileen Luo

Llámame egoísta—pero aun así espero que recuerdes. Y espero que, algún día, puedas leer; que levantes la vista y veas cielos azules más brillantes que los mares, que al volver a mirar hacia abajo encuentres arrendajos y madre selvas dulces y conozcas, más allá del papel, esta instantánea de primavera.

Foto: Primavera. Flores, hojas verdes, cielo azul perseguido por nubes.

Quizá sea algo en nuestra humanidad. Algo en las aves silenciosas y el sol oculto y la desesperación—nuestras traiciones hambrientas entre nosotros mismos. Quizá por eso, por nuestros pecados, no pudimos seguir.

Al menos verás mis fotos. Pero si vives por tiempo suficiente para aprender a leer, sabe esto: te quiero muchísimo y siento no haber podido quedarme.

#

—¡Uno, dos, tres, cuatro, declaro la guerra de almohadas! ¡Cinco, seis, siete, ocho, abrid las puertas del combate!

Almohadas cubiertas de polvo volaron por el aire. Estallidos de risa resonaron entre los escombros, donde estructuras esqueléticas nadaban entre vigas de madera y chatarras de acero. Mientras los niños corrían por una calle abierta, almohadas en mano, el chasquido de tornillos rodando se volvió el fondo de sus gritos.

—¡Te tengo!

—¡No es verdad!

—¡Ahora sí!

—¡Ja! ¡Ven por ello!

—¡Mi almohada!

Cuando su almohada perforada salió volando, soltando plumas como una piñata, una niña con bufanda verde subió a un sofá polvoriento. Las plumas giraban en el aire. Los demás se unieron, bocas abiertas en carcajadas, un mar de manos querubinas alzándose hacia los cielos cenicientos.